

CULTURA

Belbel y la tragedia exasperada

EDICIÓN IMPRESA CULTURA | 29/01/2015 - 00:00h

JOAN ANTON BENACH

CRÍTICA DE TEATRO

Fedra

Autor: Jean Racine

Traducción y dirección: Sergi Belbel

Lugar y fecha: Romea (26/I/2015)

JOAN ANTON BENACH

Estreno solemne de Fedra con algunos vicios visibles y quién sabe si corregibles. Acompañados de una gestualidad declamatoria un poco arcaica, habría que eliminar muchos gritos, muchos alaridos desaforados y -cirugía bastante más difícil- volver a ensayar cada tarde, una y otra vez, la dicción de los alejandrinos que ha traducido el director, Sergi Belbel, para preservarlos de demasiada musiquilla que recuerda las antiguas felicitaciones navideñas del sereno. Perdón: exagero. Es para que se me entienda.

Como saben muchos lectores, el principal y más docto traductor de la Fedra de Jean Racine que ha habitado entre nosotros ha sido Modest Prats (1936- 2014), un sabio que en la edición de la tragedia aseguraba: "Recitar los alejandrinos, marcando la cesura, jugando bien el ritmo acentual, haciendo sonar la rima sin dar nunca la sensación de un ripio vulgar, no es paso nada fácil". Y esta dificultad, a veces impotencia, circula con sonoridades diversas por el escenario del Romea, sobre todo porque algunos intérpretes de la Fedra dirigida por Belbel es la primera vez que actúan en verso.

Pienso que el principal responsable del montaje que se acaba de estrenar se planteó una transacción interior de la cual se pudiera derivar, por una parte, la satisfacción suficiente de los espectadores que tienen que garantizar los buenos resultados de dos meses de exhibición de la tragedia y, por otra, la difusa sensación de que a la clientela se le sirve un clásico con un colorido barniz de modernidad. De eso último se ha encargado el escenógrafo Max Glaenzel, que ha plantificado un sol gigantesco en el fondo de la escena, calentando a los habitantes de un yermo, con rocas y riachuelo. El vestuario de Mercè Paloma, en una medida más discreta, ha contribuido también a la modernización formal del espectáculo, que se remata haciendo circular por la platea a algunos de los personajes principales

A la vez, sin embargo, Belbel entendió que la tragedia debía expresarse con la exasperación y el dolor que de siempre se ha asociado al trágico griego y, por tanto, que la pasión de Fedra se tenía que manifestar con la violencia del deseo incestuoso, una palabra tumultuosa que se correspondería con el mismo rechazo violento de Hipòlit y con el bramido incontenible de Teseo al creerse enterado de un pecado del hijo que no ha cometido. Quizás Enona, la nodriza y confidente de la protagonista, es la única figura de la tragedia que usa la intensidad del lenguaje en vez del lenguaje gritado y estirajado con alaridos que pueden encoger el corazón del espectador, bien ablandado y agradecido para acoger con relajada satisfacción el desenlace calmo de un Teseo arrepentido de su furor prematuro.

Belbel, bien adiestrado en el oficio y la desazón de llenar la Sala Gran del Nacional, ha querido dotar la tragedia de Fedra de una comercialidad que llene butacas en la calle Hospital. Con esta preocupación central, tenía que olvidar las espléndidas aportaciones de Joan Ollé en su montaje de la obra en el 2002. Del brillante reparto hay que destacar el trabajo volcánico, mezcla de culpa y pasión, de la protagonista Emma Vilarasau, el de su confidente Mercè Sampietro, de constante eficiencia, y algunas intervenciones del Hipòlit Xavier Ripoll.